

LA FIESTA DEL MONUMENTO

EN PAYSANDÚ

(Fragmento de un discurso)

Recojo en mi corazón, de los purísimos labios de la infancia, las últimas notas de ese himno cuyas estrofas valientes y severas resuenan como golpes de un escudo guerrero en mis oídos, ya habituados á la enervación y á la molicie; y evocan involuntariamente en mi espíritu los gloriosos recuerdos de este sitio, un día no lejano convertido en altar sangriento de heróico y sublime sacrificio.

La solemnidad del sitio se agrega á la solemnidad del momento, y me siento débil y pequeño para interpretar el pensamiento de la Comisión que tengo el honor de presidir—débil y pequeño para poner mi palabra á la altura de los sentimientos que agitan sin duda al pueblo congregado.

Dentro de breves instantes el hilo eléctrico nos anun-

ciará que queda inaugurado en la Florida el monumento á la Independencia de la República.

El fausto mensaje circulará á la vez en todos los pueblos de la República, y todos los corazones verdaderamente orientales, por el nacimiento ó por la simpatía, vibrarán unísonos, cual movidos por los efluvios de esa electricidad moral ó con que el amor á la patria une á todos los buenos hijos de una misma tierra.

Nosotros, que hemos adorado y levantado tantos ídolos, tantos ídolos de barro! —en los días tempestuosos de la lucha y en esas horas sin luz de la fatiga, no habíamos tenido un solo recuerdo de mármol ni de bronce para honrar á los héroes y conmemorar las hazañas de 1825— Parecíamos poseídos de un patriotismo iconoclasta;—la religión nacional, de culto cívico no tenía un solo templo, un solo monumento levantado en nuestras villas y ciudades—El viajero que las hubiese visitado habría podido preguntarse: ¿qué pueblo es este, que no cuenta en sus anales una de esas tradiciones gloriosas, de todos aceptada, de todos venerada, digna de ostentarse al mundo en mármoles y bronces imperecederos?

De hoy en adelante todos podemos decir: «Viajero! si deseas saber si también tenemos tradiciones heroicas, acércate al monumento que conmemora la independencia de la República.—Habrás visto en otras tierras monumentos más lujosos y soberbios; obra tal vez de los esclavos que regimenta el despotismo para embellecer las cercanías de su alcázar, ó de la ambición criminal que convierte en gloria humana el insensato abuso de la fuerza;—

pero no habrás encontrado á tu paso, condensadas en mármol palpitante por la mano del artista, ni glorias más puras ni grandezas más altas.

Concentrar en el alma un pensamiento santo, un destello del ideal;—poner á su servicio una resolución heroica; romper el molde de los acontecimientos, creándolos por la sola fuerza de la voluntad; arrancar la victoria al carro de los fuertes para uncirla al carro de los débiles;—convertir en realidad viviente, en hecho victorioso y definitivo la utopía de un instante, condenada al absurdo por todos los principios de la lógica y todos los consejos de la previsión y la prudencia,—oh! no puede subir más alto la grandeza humana, y esa grandeza es la grandeza de los *Treinta y Tres* orientales, cuando se lanzaron á desafiar el poderío de un opulento imperio y del gran monarca que sus destinos regía.

Paréceme que veo en este instante sus figuras trazadas por la mano maestra de nuestro gran pintor (1). . . . Asoma el sol del 19 de Abril de 1825.—Acaban los héroes de pisar las húmedas arenas que besa el Uruguay; flotan todavía en las costas las débiles barquillas que han cruzado el *Plata* llevando los destinos y la libertad de un pueblo.

Allí están.—Palpita en ellos el alma de la patria, que se expande al respirar sus auras. Un fuego heroico anima sus miradas; una fuerza extraña parece crispar todos

(1) Juan Manuel Blanes.

sus músculos; y allí reunidos en indefinible grupo, juran sobre sus aceros inmortales redimir la patria ó sucumbir gloriosamente en la demanda. . . . Oh! quien pudiera detener el curso inexorable de los tiempos y cerrar el libro fatal de la memoria, para contemplarlos siempre así, jóvenes, gallardos paladines de la patria, antes de que la guerra civil extendiese entre ellos la nube rojiza de los odios y rompiese la santa unidad moral de nuestra tierra, cuando todos eran puros y habria parecido una blasfemia horrible pensar que la vida de aquellos hombres no sería para siempre sagrada é inviolable para nuestro suelo!

El monumento levantado en la Florida no conmemora unicamente la portentosa hazaña de los *Treinta y Tres* orientales. En aquellos grandes días, el ciudadano no fué ménos heróico que el soldado. Casi todos los orientales tenían entonces temple de metal, y al lado del guerrero se alzaba el estadista como firme columna de la patria. Una asamblea era en aquel entonces una fuerza y la conquista sintió estremecerse su poder cuando la Asamblea de la Florida hizo llegar á su oído y proclamó ante el mundo* que el pueblo oriental «de hecho y de derecho era libre é independiente del rey de Portugal, del emperador del Brasil y de cualquier otro del universo.» Nunca el derecho y la justicia hablaron un lenguaje más altivo sin otro apoyo eficaz que la explosión de la conciencia humana y del sentimiento patrio, porque entonces, el 25 de Agosto de 1825, la victoria no había sonreído todavía á los patriotas y la empresa libertadora aparecía apenas como una calaverada heroica.

Una marcha forzada habría bastado al poderoso ejército que hacía flamear la bandera auriverde en los muros de Montevideo, para llegar y encontrar indefenso al pueblo donde aquel Senado augusto promulgaba sus decisiones soberanas; más ¡que importa!—en el trance supremo á semejanza de los viejos patricios de la antigua Roma, ellos habrían esperado la cuchilla del invasor á la puerta del recinto que guardaba el eco de sus declaraciones inmortales.

La idea se hizo verbo: el verbo se hizo ley.—Id á cumplirla!—dijeron los próceres de la Florida—y muy luego Rivera la hace imperar con su astucia en los campos del *Rincon*, y Lavalleja resplandecer con su sable en las orillas del Sarandí.

El rumor de ese combate glorioso se dilata hasta la pirámide del pueblo de 1810.—Estaba encadenada la victoria!—Y ella seguía arrastrando nuestro carro y el de los hermanos que en nuestro auxilio acuden hasta el último confin de nuestros mares y hasta el propio suelo de los conquistadores.

.....
.....

CARLOS MARÍA RAMIREZ.



EL OSTRACISMO DE ARTIGAS

(Del libro «Artigas»)

El 23 de Setiembre de 1820, seguido por algunos centenares de sus más fieles soldados, trasponía Artigas la barrera del Paraná, buscando asilo en la Provincia del Paraguay. Tenía entonces cincuenta y seis años de edad, y acababa de vivir más de nueve años en los campamentos, sin apartarse un solo día de su caballo de guerra. Si algunas faltas cometió,—¿cómo pensar que no recibieron suficiente expiación en aquellas horas lúgubres de la partida para el ostracismo eterno?—Sobre las almenas de la ciudad donde había nacido el Jefe de los Orientales flotaba sereno el estandarte portugués, y en la campaña dilatada, teatro de sus mayores hazañas, los cabildos y los gauchos acataban la ley del vencedor. En las provincias donde se le había aclamado Protector de los Pueblos Libres, hallaba ahora la ingritud, el anatema, los rigores de la misma proscripción, con que lo fulminaba Buenos Aires desde 1814. Había dicho: «no sacrificaré el rico patrimonio de los orientales al bajo

precio de la necesidad, y tenía que resignarse, vencido é impotente, al sacrificio consumado de su patria. Había dicho que su espada protegería siempre la libertad de los pueblos, y tenía que resignarse á ponerla en manos de un déspota sombrío, á trueque de una hospitalidad parecida al cautiverio. Estas crueles burlas del destino eran entonces sin compensación, porque Artigas no podía adivinar que serían inmortales todas aquellas tradiciones de autonomía adusta, heroicamente sostenida, que había dejado escritas con sangre en el alma de sus compatriotas,—ni sospechar tampoco que las Provincias Argentinas donde se maldecía su nombre, solo realizarían el común anhelo de paz, de concordia y engrandecimiento nacional, aplicando los principios constitucionales que él había formulado y propagado en las instrucciones de 1813.

Gaspar Rodriguez de Francia, gobernaba autocráticamente el Paraguay cuando Artigas fué á pedirle asilo. Son conocidos los rasgos culminantes de esa tiranía asombrosa.

El primer cuidado de Francia fué diseminar por todo el país á los fieles compañeros del caudillo oriental. Ordenó en seguida que éste, sin más séquito que su asistente, fuese conducido á la Asunción y hospedado,—¿por qué no decir encerrado?—en una celda del convento de la Merced. No quiso concederle audiencia; no tuvo siquiera la curiosidad de verlo. Después de algunos días de reclusión claustral, resolvió enviarlo á la aldea de Curu-

guayti, situada á 85 leguas de la capital, en la profundidad del desierto, entre bosques vírgenes, de donde solían enviarle al dictador mujeres procesadas y encadenadas por ser brujas. Fijado así el sitio del confinamiento procuró Francia cumplir aparentemente los deberes de la hospitalidad, asignando á Artigas como sueldo, el que correspondía á su empleo de capitán en el ejército español,—treinta y dos pesos mensuales,—y dándole una pequeña extensión de tierra apta para el cultivo. Era decirle al caudillo proscripto que nada contaban sus servicios y ascensos en las filas de la Revolución, y que los trabajos manuales de la agricultura le sentaban mejor que las elevadas tareas del gobierno de los pueblos!

Artigas supo entonces mantener el noble temple de su alma, devorando en silencio los ultrajes y aceptando con entereza el infortunio. Nunca había sido labrador, pero lo fué en Curuguayti, para buscar consuelo en las fatigas del trabajo y en la práctica del bien. No procuramos con esto poetizar caprichosamente el crepúsculo de su existencia. Repetimos lo que han dicho sus mayores enemigos, esos viajeros Rengger y Longchamp, que recogieron inconscientemente todas las calumnias propaladas sobre la vida anterior de Artigas, y han dejado al mismo tiempo irrecusable testimonio de lo que vieron y oyeron ellos mismos en el país donde concluyó su carrera el gran caudillo. «Desde entonces parece que Artigas hubiese querido espiar en parte al menos, los enormes crímenes de que estaba manchado. A la edad de sesenta años cultivó él mismo su campo, y fué el

Padre de los Pobres de Curuguayti, entre los que distribuía la mayor parte de sus cosechas y todo su sueldo, prodigando á los enfermos cuantos auxilios estaban en su mano.» (*Ensayo histórico sobre la Revolución del Paraguay* cap. IX) Las investigaciones de la historia no han podido hallar esos *enormes crímenes* cuya tradición oral espantaba á los naturalistas suizos, y solo autorizan á decir que aquel que en el pináculo de la buena fortuna llevaba con orgullo el título de Jefe de los Orientales y el de Protector de los Pueblos Libres, supo realzarse en los oscuros sinsabores de la caída mereciendo el título no menos honroso de Padre de los Pobres!

Pasaron así veinte años. La Provincia Oriental había sido transmitida como una joya de familia, del patrimonio de Portugal al patrimonio del Brasil. Se habían lanzado los Treinta y Tres á rescatarla, y la habían restituido al tesoro común de las Provincias Unidas del Río de la Plata. En los pueblos orientales, había-se proclamado sucesivamente el régimen unitario, la federación y la independencia.

Existía una nueva república, con su ley constitucional desde 1830, y en su seno, á fines de 1840, ardían ya las llamas de la más larga y devastadora guerra intestina que haya ensangrentado el suelo de América, pero Artigas, recluido en el desierto paraguayo, seguía labrando la tierra y repartiendo bendiciones, sin la más remota idea de los acontecimientos de su patria. Ocurrió entonces la muerte del dictador (Setiembre de 1840). Artigas, encorvado ya bajo el peso de sus setenta y seis años, fué

inmediatamente arrestado. Se le creía, sin duda, capaz de aprovechar aquellos días de atribulada transición para enseñorearse de la tierra que lo albergaba; tal era la fuerza imponente de su antigua nombradía!

Pero las alarmas cesaron en breve. Don Carlos Antonio López, sucesor de Francia, estableció un gobierno, sinó menos despótico, más humano y más civilizado, derribando las barreras que separaban al Paraguay del resto del mundo. En esos días debió conocer Artigas veinte años de la historia de su país. ¿Qué impresión causaron en su alma esas revoluciones tumultuosas? Nadie ha recogido con precisión fehaciente el eco de sus confidencias íntimas. Sábese, apenas, de una manera segura, que guardaba como preciosa reliquia un ejemplar de la Constitución Oriental, regalado por el naturalista Bompland, y que fué sordo á las instancias de los dos partidos que se despedazaban en la tierra de su nacimiento, cuando pretendían repatriarlo como un viejo trofeo destinado á prestigiar la causa exclusiva del uno ó del otro. Ya no podía Artigas poner su brazo decrepito al servicio de la pátria.—Rehusando los favores de las bandas armadas, salvó su nombre y su gloria como herencia común de los orientales.

Los años, entretanto, seguían haciendo su estrago. En los alrededores de la Asunción, donde pasó á residir el anciano ya no labraba la tierra; ya no tenía cosechas que repartir á los pobres. Vivía en la mayor indigencia, en un rancho de barro y paja, olvidado, oscurecido, sin más compañía que su viejo ordenanza. Su cuerpo se do-

blaba, pero su espíritu se conservaba altivo, y se erguía aún más al recuerdo de los antiguos hechos. Solo podía caminar apoyado en un bastón, y necesitaba ayuda para montar á caballo, pero una vez montado, renacía, por decirlo así, el centauro en la vejez impotente, y sus ojos centellantes recorrían el horizonte con anhelo, buscando á las huestes de sus viejos enemigos!

Hubo en 1846 un incidente casual que debió proporcionar al héroe inerme y casi inerte raros instantes de soberbio placer mezclado con profunda melancolía. Había llegado á la Asunción un jóven y distinguido oficial brasilero, el mayor Beaurepaire Rohan, hombre de talento y de estudio, Así que el jóven oficial tuvo noticia de la existencia de Artigas, hizo empeños por verlo, y él mismo ha dado fé, con sinceridad conmovedora, de la noble y respetuosa curiosidad que lo impulsaba. Oigamos su relato: «Por los arrabales de la Asunción existen muchas chacras. En una de ellas visité, hoy viejo y pobre, pero lleno de reminiscencias de gloria, á aquel guerrero tan temible de antes en las campañas del Sur, el afamado don José Artigas. No me cansaba de estar frente á frente con este hombre temerario, de cuyas hazañas oí hablar desde mi infancia, y á quién de há mucho, reputaba muerto. Por su parte, no menos satisfecho se mostró el decadente viejo al saber que á su habitación me conducía la fama de sus hechos.—Entonces, preguntome, risueñamente: mi nombre suena todavía en su país?» Y como le contestase afirmativamente, repuso después de pequeña pausa: «Es lo que me

resta de tantos trabajos;—hoy vivo de limosnas». Leyenda del óbolo de Belisario convertida en realidad viviente y llorosa de la historia de América!

Todavía vivió Artigas cuatro años. Leeremos siempre con dolor la partida parroquial que atestigua su muerte: «En esta parroquia de la Recoleta de la Capital á veinte y tres de Setiembre de mil ochocientos cincuenta; yo el Cura interino de ella enterré en el tercer sepulcro del lance número veinte y seis del Cementerio General el cadáver de un adulto llamado don José Artigas, extranjero, que vivía en la comprensión de esta Iglesia. Di fé.—*Cornelio Contreras.*»

Se había extinguido el primer Jefe de los Orientales sin ver extinguida aquella misma guerra cuyos siniestros resplandores vislumbró en 1840, al abrirse las puertas claustrales del Paraguay.

CARLOS MARIA RAMIREZ.
